

14. EL PROFESORADO ANTE EL RETO EDUCATIVO DE LA REFORMA

Jacobo Cano de Escoriaza

INTRODUCCIÓN.

Partimos del hecho de que una escuela renovada precisa de un profesorado igualmente renovado, actualizado, con una mentalidad nueva y una concepción diferente a la tradicionalmente entendida. No implica deshacer todo lo realizado hasta ahora, sino mejorarlo, porque ciertamente hay diversos estilos educativos de profesionales veteranos que han adquirido una autoridad en el aula y una empatía con el alumno admirables.

No cabe duda que cualquier reforma educativa que pretenda como objetivo tener éxito y calado en la sociedad en la que se inserta, requiere una transformación profunda de los agentes que en la misma participan (Villa A. 1990; Villar Angulo L.M. 1996). La reforma de la ordenación, la renovación curricular, la dotación de mejores recursos didácticos y materiales para las escuelas, las medidas de mejora del sistema educativo, pasan a través del profesorado, como mediador esencial de la acción educativa (MEC, 1989).

La formación del profesorado tiene un papel importante como objeto de estudio para mejorar la calidad de la educación (Barquín J. 1995; Cerdán J. y Grañeras M. 1999; Díez Hochleitner R. 1998; García Llamas 1999). En España se ha trabajado mucho por lo que se ha llamado la democratización de la enseñanza, es decir, por ofrecer a todos nuestros niños y jóvenes que puedan desempeñar de la mejor manera

posible su derecho a la educación, dotando de infraestructuras adecuadas para el desempeño de la función educativa. El analfabetismo se ha superado en unos índices altísimos gracias a la extensión de la educación a todos los estratos y estamentos sociales.

Es necesario señalar que el concepto de desarrollo profesional de los docentes se entiende como un proceso interno de cambio en el que los propios profesores se convierten en directores de su evolución y desarrollo profesional, de su continuo crecimiento. Por otro lado, la formación permanente o la función de perfeccionamiento se concibe como una intervención más externa al propio profesor que se está formando con el objetivo último de mejorar su sapiencia como profesional experto de la enseñanza, teniendo un enfoque más individualista y menos de conjunto o de contexto (De Miguel M. et al. 1996; García Llamas, J.L. 1999; Vicente Rodríguez, P., 1998).

Los objetivos prioritarios de la formación permanente se centran en la actualización permanente en las prácticas educativas, la capacitación para adaptar un modelo de currículo abierto y flexible, y la cualificación en etapas y modalidades nuevas (MEC, 1989).

El profesor es un agente fundamental en el cambio de las políticas educativas, porque es el principal artífice en la práctica educativa (González Blasco P. y González Anleo J. 1993, Molina E. 1993; Zubieta J.C. y Susinos T. 1992). No se mueve por motivaciones puramente teóricas, sino que plasma en la realidad y en el día a día, los aspectos primordiales de las reformas educativas. Es el promotor de los cambios o, por el contrario, incide en conservar distintas formas de actuación que son las que tradicionalmente ha desarrollado.

Las razones que señalan los profesores para colaborar y participar en actividades de formación son, entre otras, la actualización en conocimientos científicos de su área en particular; la mejora y perfeccionamiento en métodos y técnicas de enseñanza para la elaboración de materiales curriculares; el aprendizaje de nuevas tecnologías de la información y la comunicación; y el trabajo en equipo con otros profesionales que pueden aportar sus experiencias prácticas que aplican en diferentes ocasiones en el aula (Rivas Flores, J.I. et al. 1998).

Un gran número de profesores no está satisfecho con el marco legislativo y práctico de la LOGSE y percibe que la Reforma no va a resolver los problemas educativos que se señalan en la actualidad, algunos de ellos referentes al 25% de fracaso escolar que se registra al finalizar la etapa de la Enseñanza Secundaria Obligatoria. Además, las diferentes administraciones les exigen nuevas responsabilidades, sin contrapartidas atrayentes, y no hablamos exclusivamente de términos económicos, sino también en aspectos relacionados con el grado de valoración y reconocimiento social que reci-

ben tanto de los alumnos como de las familias y la sociedad en general. Del mismo modo, las condiciones estresantes en las que desarrolla la labor docente son más numerosas y complejas, debido a los grandes cambios de toda índole que estamos percibiendo en los albores del siglo XXI. La violencia, la indisciplina, la falta de trabajo y de valoración del esfuerzo, son algunos de estos síntomas preocupantes que requieren la colaboración de todos los agentes involucrados en el proceso educativo.

El docente debe desarrollar la habilidad para responder a las cuestiones que le plantean sus alumnos al tiempo que debe ser no sólo especialista del ámbito que domina en cuestión, sino que tiene que facilitar la interrelación de las ideas principales de los distintos campos del conocimiento. Hoy se precisan profesionales que sean capaces de partiendo de dos ideas inferir una tercera, al tiempo que se abran no sólo a su ámbito específico de conocimiento, sino que sepan desarrollar posturas acerca del ámbito científico y humanístico, en una visión global de la ciencia. Los estancos compartimentados y aislados del conocimiento no son útiles para desarrollar los profesionales que requiere la sociedad del siglo XXI (OIE, 1996).

La tarea docente se concibe como una mediación para que toda la actividad que se lleve a cabo consiga ser significativa y estimule el potencial de desarrollo de cada uno de los educandos en un trabajo en equipo potenciado, al tiempo que se estimula el esfuerzo individual. Conviene resaltar la dirección que debe tomar un profesor por aplicar los conocimientos teóricos a la vida, encontrando un sentido funcional y práctico para motivar en mayor medida de este modo a los alumnos.

La tradición cultural necesita de maestros que la sepan transmitir con profesionalidad, de manera lo más objetiva posible, al tiempo que precisa de personas que generen contradicciones y promuevan alternativas diferentes a las que se han llevado a cabo con anterioridad. En este sentido, señalamos que la potenciación de trabajos interdisciplinarios, de nuevas formas de colaboración con instituciones fuera de la escolar, son retos a asumir en la educación del siglo XXI (Rivas Flores, J.I. 1998).

Precisamente, el docente debe ser capaz de analizar el contexto en que se desarrolla la actividad educativa, contexto por otra parte cambiante y dinámico que requiere de futuros ciudadanos críticos que promuevan instituciones democráticas con las que se fomente el diálogo.

En relación a las estrategias docentes, el profesor requiere de una adecuada flexibilidad mental y la capacidad de resolver diferentes tipos de problemas que se originan en el contexto escolar. El profesor, no sólo debe saber muchas matemáticas o física, mucha filosofía o lengua, sino que deber encontrar nuevas fórmulas y razonamientos para transmitir los conocimientos con una metodología adecuada. La peda-

gogía y la didáctica en la transmisión de conocimientos adquieren una gran relevancia en la escuela del presente y del futuro. En este sentido, es importante señalar que el papel básico del profesor se debe centrar en la orientación y la organización del aprendizaje.

Además de la concepción tradicional de la inteligencia que se centraba en la capacidad de resolver problemas y desarrollar una serie de aptitudes como las lógico-matemáticas, las lingüísticas, musicales, artísticas, etc., la psicopedagogía actual está proponiendo como factores relevantes para el profesorado el desarrollo de capacidades relacionadas con la inteligencia emocional, en concreto, en su doble dimensión: la inteligencia intrapersonal y la interpersonal.

Los profesores precisan recibir asesoramiento y ayuda en relación a la capacidad de comunicación con las diferentes personas de su entorno: claustro, alumnos y padres. La autoestima, el liderazgo, la empatía, el espíritu abierto y la flexibilidad a los distintos retos y demandas educativas, suponen nuevos ámbitos por desarrollar o reeducar en muchos casos.

El profesorado de la enseñanza secundaria obligatoria experimenta dificultades en ocasiones para establecer una adecuada comunicación entre el alumno, la familia y el equipo de profesores. La adolescencia supone una edad complicada por los continuos cambios que experimenta, no sólo a nivel físico, sino sobre todo a nivel psicológico. Estos cambios son signo de la reestructuración de su propia identidad. Los adolescentes experimentan inseguridad en ocasiones con el entorno y necesitan su propio espacio para crecer y desarrollar su autonomía. En este sentido, los propios padres y los profesores, se unen formando el mundo de los adultos ante el que quiere distanciarse, por una parte, y por otra, necesita de los puntos de referencia que le proporcionan para explorar y conocer de forma adecuada el mundo.

El adolescente, necesita recibir del profesor, cierta dosis de exigencia, al tiempo que precisa experimentar la cercanía, el acompañamiento, la accesibilidad para en el momento menos esperado se le acerque. La espontaneidad contrasta con el deseo de control del joven, aspecto interesante, ya que en muchas ocasiones vivencia la inseguridad e invasión a su mundo más personal e íntimo.

El talante del profesor tutor es importante a la hora de establecer una relación interpersonal (González Blasco P. y González Anleo J. 1993). Y, en este sentido, uno de los factores que suponen un reto para el profesional es saber compatibilizar su función de orientar y disciplinar con autoridad con la comprensión y cariño que a veces el adolescente malinterpreta o siente traicionada. Se debe saber valorar críticamente los comportamientos en un determinado momento, pero haciendo una interpretación y lectura comprensiva de que dichos comportamientos no enjuician negativamente a la persona en cuestión. Del mismo modo, puede facilitar dicha com-

presión, el reconocimiento por parte del profesor-tutor de sus propios fallos y limitaciones, signo que no se interpreta como debilidad sino como integridad en el ejercicio de la función docente.

El tutor debe desarrollar habilidades para servir de puente entre la familia y la institución escolar. No debe desconfiar del adolescente, pero tampoco debe relajarse y hacer dejación del seguimiento propio de una enseñanza personalizada. En estas edades, la manipulación y las medias verdades no son intencionadas muchas veces de forma del todo consciente; son, en ocasiones, consecuencias de los sentimientos de inseguridad descritos anteriormente, de un miedo percibido que puede vulnerar de una u otra manera la sensación de seguridad que el propio adolescente vive.

El factor disciplinario es uno de los puntos más conflictivos y de los retos más actuales del profesorado. Gran parte de sus esfuerzos y energías se gastan en esta tarea, en detrimento de la calidad de la enseñanza, que hacíamos mención anteriormente. La disciplina en el aula es el resultado, en parte, de la proyección del estado de ánimo del profesor que son percibidas por los propios alumnos. Conviene señalar que un docente con un alto nivel de autoestima, por ejemplo, proyecta una suficiente carga de seguridad e interés, motivando como respuesta, normalmente, un ambiente de autodisciplina. Es preciso fomentar la creatividad de los alumnos, su capacidad artística utilizando las artes como medio de actuación intelectual creativa.

CONCLUSIONES.

Una escuela renovada necesita de un profesorado renovado. Estos profesores somos los agentes esenciales en el cambio de las políticas educativas y en la implantación de la Reforma del Sistema Educativo en España. Los déficits que se han producido en dicha implantación han venido originados, en gran medida, por no haber contado de una forma adecuada con el profesorado.

Su formación representa un papel clave para mejorar la calidad de la educación. Los cursos de perfeccionamiento deben partir de las demandas de los docentes y de los retos del siglo XXI: la interculturalidad, la atención a la diversidad, las nuevas tecnologías aplicadas a la educación, las relaciones interpersonales, disciplina en el aula y mejora de las relaciones interpersonales.

El profesor desarrolla un papel fundamental para relacionar a la institución escolar y familiar. En la medida que se vinculen más estas dos instituciones, mejorará el proceso de enseñanza aprendizaje y la educación será de mayor calidad. Es necesario, hoy más que nunca, superar el enfrentamiento entre dichas instituciones y no hacer dejación de responsabilidades en el reto de la educación de los futuros ciudadanos, nuestros jóvenes.

BIBLIOGRAFÍA.

- BARQUÍN, J. (1995). La investigación sobre el profesorado El estado de la cuestión. *Revista de Educación*, 306. Madrid: MEC.
- CERDÁN, J. y GRAÑERAS, M. (Coords.) (1999). *La investigación sobre profesorado (II) 1993-1997* Madrid: CIDE.
- DE MIGUEL, M. et al. (1996). *El desarrollo profesional docente y las resistencias a la innovación educativa*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.
- DÍEZ HOCHLEITNER, R. (1998). *Aprender para el futuro. Desafíos y oportunidades*. Madrid Fundación Santillana.
- GAIRÍN, J. (1995). *Estudio de las necesidades de formación de los equipos directivos de los centros educativos*. Madrid: CIDE.
- GARCÍA ALVAREZ, J. (1997). *Evaluación de la formación del profesorado: Marcos de referencia*. Bilbao: Mensajero.
- GARCÍA LLAMAS, J.L. (1999). *Formación del profesorado. Necesidades y demandas*. Barcelona: Praxis.
- GONZÁLEZ BLASCO, P. Y GONZÁLEZ ANLEO, J. (1993). *El profesorado en la España actual*. Madrid. Fundación Santa María.
- MEC (1989): Libro Blanco para la Reforma del Sistema Educativo. Madrid.
- MOLINA, E. (1993). *La preparación del profesorado para el cambio en la institución educativa*. Granada: Facultad de Educación.
- OIE (1996). *Fortalecimiento del rol de los profesores en un mundo cambiante*. Conferencia Internacional de Educación. Ginebra: OIE.
- RIVAS FLORES, J.I. et al. (1998). *La cultura profesional de los docentes de Educación Secundaria*. Universidad de Málaga. CIDE: Madrid.
- VICENTE RODRÍGUEZ, P. et al. (1998). *Construcción y validación de un modelo de evaluación de formación permanente del profesorado fundado en el conocimiento, la colaboración y la reflexión*. CIDE: Granada.
- VILLA, A. (Coord.) (1990): *Perspectivas y problemas de la función docente*. Madrid: Narcea.
- VILLAR ANGULO, L.M. (Coord.) (1996): *La formación permanente del profesorado en el nuevo sistema educativo*. Barcelona: Oikos-Tau.
- ZUBIETA, J.C. Y SUSINOS, T. (1992): *Las satisfacciones e insatisfacciones de los enseñantes*. Madrid: CIDE.